

cos trancazos cesó el pleito dejando á la infeliz recamarera, que ciertamente era la que habia llevado la peor parte.

Cuando volvimos todos en nuestro acuerdo no tanto por el respeto del amo, cuanto por el miedo del garrote, comenzó el escribano á tomarnos declaracion sobre el asunto ó motivo de tan desafortada riña. La vieja nana Clara nada decia porque nada sabia en realidad: Luisa tampoco, porque no le tenia cuenta; yo menos, porque era el actor principal de aquella escena; pero la maldita Lorenza, como que era la mas intruida é inocente, en un instante impuso á mi amo del contenido de la causa diciéndole: que todo aquello no habia sido mas que una violencia y provocacion de aquella tal celosa que estaba en su casa, que quizá era mi amiga, pues por celos de mí y de ella habia armado aquel escándalo. . . .

Hasta aquí oí yo á Lorenza; porque en cuanto advertí que esta habia descorrido el velo de nuestros indignos tratos mas de lo que era necesario, y que mi amo me miraba con ojos de loco furioso, temí como hombre, y eché á correr como una liebre por la escalera abajo, con lo que confirmé en el momento cuanto dijo Lorenza, acabando de irritar á mi patron, quien no queriendo que me fuera de su casa sin despedida, bajó tras de mí como un rayo y con tal precipitación; que no advertió que iba sin sombrero ni capa y con la golilla por un lado.

Como dos cuabras corrió Chanfaina tras de mí gritándome sin cesar: párate bribon, párate pícaro; pero yo me volví sordo y no paré hasta que lo perdí de vista y me hallé bien léjos y seguro del garrote.

Este fué el honroso y lucidísimo modo con que salí de la casa del escribano: peor de lo que habia entrado y sin el mas mínimo escarmiento: pues en cada una de estas comenzaba de nuevo la série de mis aventuras, como lo vereis en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XI.

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero: el motivo por que se salió de su casa: su acomodo en una botica y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas.

**E**s increíble el terreno que avanza un cobarde en la carrera. Cuando sucedió el lance que acabo de referir eran las doce en punto, y mi amo vivia en la calle de las Ratas; pues corrí tan de buena gana que fuí á esperar el cuarto de hora á la Alameda: eso sí, yo llegué lleno de sudor y de susto; mas le dí de barato así como el verme sin sombrero, roto de cabeza, hecho pedazos y muerto de hambre, al considerarme seguro de Chanfaina á quien no tanto temia por su garrote, como por su pluma cavilosa; pues si me hubiera habido á las manos seguramente me da de palos, me urde una calumnia y me hace ir á sacar piedra mucar á S. Juan de Ulúa.

Así es que yo hube de tener por bien el mismo mal, ó elegí cuerdateamente del mal el menos; pero esto está muy bien para la hora ejecutiva, porque pasada ésta, se reconoce cualquier mal segun es, y entonces nos incomoda amargamente.

Tal me sucedió cuando sentado á la orilla de una zanja apoyado mi brazo izquierdo sobre una rodilla teniéndome con la misma mano la cabeza y con la derecha rascando la tierra con un palito, consideraba mi triste situacion. ¿Qué haré yo ahora? Me preguntaba á mí mismo. Es harto infeliz el estado presente en que me hallo. Solo, casi desnudo, roto de cabeza, muerto de hambre, sin abrigo ni conocimiento, y despues de todo, con un enemigo poderoso como Chanfaina, que se desvelará por saber de mí para tomar venganza de mi infidelidad y de la de Luisa, ¿adónde iré? ¿Dónde me quedará esta noche? ¿Quién se ha de doler de mí, ni quién me hospedará si mi pelage es demasiado sospechoso? Quedarme aquí, no pue.

de ser, porque me echarán los guardas de la Alameda: andar toda la noche en la calle es arrojado, porque me expongo á que me encuentre una ronda y me despache mas presto á poder de Chanfaina: irme á dormir á un cementerio retirado como el de San Cosme, será lo mas seguro. . . . . pero ¿y los muertos y las fantasmas son acaso poco respetables y temibles? Ni por un pienso. ¿Qué haré pues, y que comeré en esta noche?

Embebecido estaba en tan melancólicos pensamientos sin poder dar con el hilo que me sacára de tan confuso laberinto, cuando Dios, que no desampara á los mismos que le ofenden, hizo que pasara junto á mí un venerable viejo, que con un muchacho se entretenia en sacar sanguijuelas con un *chiquihui*. te en aquellas zanjitas; y estando en esta diligencia me saludó y yo le respondí cortesmente.

El viejo al oír mi voz, me miró con atencion, y despues de haberse detenido un momento, salta la zanja, me echa los brazos al cuello con la mayor expresion, y me dice: ¡Pedrito de mi alma! ¿es posible que te vuelva á ver? ¿Qué es esto? ¿Qué trage, qué sangre es esa? ¿Cómo está tu madre? ¿Dónde vives?

A tantas preguntas, yo no respondia palabra, sorprendido al ver á un hombre á quien no conocia que me hablaba por mi nombre y con una confianza no esperada; mas él, advirtiendo la causa de mi turbacion, me dijo: ¿qué no me conoces? No señor, la verdad (le respondí), si no es para servirle. Pues yo sí te conozco, y conocí á tus padres y les debí mil favores. Yo me llamo Agustin Rapamentas: afeité al difunto señor D. Manuel Sarmiento tu padrecito muchos años, sí, muchos, sobre que te conocí tamañito, hijo, tamañito: puedo decir que te ví nacer; y no pienses que no: te queria mucho y jugaba contigo mientras que tu señor padre salia á afeitarse.

Pues, señor D. Agustin, le dije, ahora voy recordando especies, y en efecto, es así como vd. lo dice. ¿Pues qué haces aquí, hijo, y en este estado? Me preguntó.

¡Ay, señor! le respondí remedando el llanto de las viudas: mi suerte es la mas desgraciada: mi madre murió dos años hace: los acreedores de mi padre me echaron á la calle y embargaron cuanto habia en mi casa; yo me he mantenido sirviendo á este y al otro; y hoy el amo que tenia porque la cocinera echó el caldo frio y yo lo llevé así á la mesa, me tiró con él y con el plato me rompió la cabeza, y no parando en esto su cólera, agarró el cuchillo y corrió tras de mí, que á no tomarle yo la delantera no le cuento á vd. mi desgracia.

¡Mire qué picardia! decía el cándido barbero; ¿y quién es ese amo tan cruel y vengativo? ¿Quién ha de ser, señor, le dije: el Mariscal de Biron. ¿Cómo? ¿Qué estás hablando? Dijo el rapador: no puede ser eso: si no hay tal nombre en el mundo. Será otro. ¡Ah! sí señor, es verdad, dije yo: me turbé; pero es el Conde. . . . el Conde. . . . el Conde. . . . ¡válgate Dios por memoria! el Conde de. . . . de. . . . de Saldaña. Peor está esa, decía D. Agustin: ¿qué te has vuelto loco? ¿Qué estás hablando, hijo? ¿No ves que estos títulos que dices son de comedia? Es verdad, señor: á mí se me ha olvidado el título de mi amo porque apenas hace dos dias que estaba en su casa; pero para el caso no importa no acordarse de su título, ó aplicarle uno de comedia, porque si lo vemos con seriedad, ¿qué título hay en el mundo que no sea de comedia? El Mariscal de Biron, el Conde de Saldaña, el Baron de Trenk y otros mil, fueron títulos reales, desempeñaron su papel, murieron, y sus nombres quedaron para servir de títulos de comedias. Lo mismo sucederá al Conde del Campo azul, al Marqués de Casa nueva, al Duque de Ricabella, y á cuantos títulos viven hoy con nosotros: mañana morirán y *Laus Deo*: quedarán sus nombres y sus títulos para acordarnos solo algunos dias de que han existido entre los vivos, lo mismo que el Mariscal de Biron y el gran Conde de Saldaña. Conque nada importa, segun esto, que yo me acuerde ó me olvide del título del amo

que me golpeó. De lo que no me olvidaré será de su maldita acción, que estas son las que se quedan en la memoria de los hombres ó para vituperarlas y sentirlas, ó para ensalzarlas y aplaudirlas, que no los títulos y dictados que mueren con el tiempo, y se confunden con el polvo de los sepulcros.

Atónito me escuchaba el inocente barbero teniéndome por un sabio y un virtuoso. Tal era mi malicia á veces, y á veces mi ignorancia. Yo mismo ahora no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender; porque unas ocasiones decia lo que sentia: otras obraba contra lo mismo que decia: unas veces me hacia un hipócrita, y otras hablaba por el convencimiento de mi conciencia; mas lo peor era, que cuando fingia virtud lo hacia con advertencia, y cuando hablaba enamorado de ella hacia mil propósitos interiores de enmendarme; pero no me determinaba á cumplirlos.

Esta vez me tocó hablar lo que tenia en mi corazón; pero no me aproveché de tales verdades; sin embargo, me surtió un buen efecto temporal, y fué que el barbero condolido de mí, me llevó á su casa, y su familia, que se componia de una buena vieja llamada tia Casilda y del muchacho aprendiz, me recibió con el extremo mas dulce de hospitalidad.

Cené aquella noche mejor de lo que pensaba, y al día siguiente me dijo el maestro: hijo, aunque ya eres grande para aprendiz (tendria yo diez y nueve ó veinte años: decia bien), si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados, á lo menos da que comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

Yo le dije que sí, porque por entonces me pareció conveniente; y segun esto, me comedia (\*) á limpiar los paños, á te-

(\*) Por *comedirse* y con mas frecuencia *acomedirse*, se entiende vulgarmente prestarse con voluntad y gusto á ayudar á otros en sus trabajos y quehaceres, ó desempeñarlos por ellos.—E.



ner la vacia y á hacer algo de lo que veia hacer al aprendiz. Una ocasion que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, á cuya fagina me ayudó el aprendiz, y atándole los piés, las manos y el hocico, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas, y comencé la operacion de la rasura. El miserable perro ponía sus gemidos (†) en el cielo. ¡Tales eran las cuchilladas que solia llevar de cuando en cuando!

Por fin, se acabó la operacion y quedó el pobre animal retratable, y luego que se vió libre, salió para la calle como alma que se llevan los demonios, y yo engreido con esta primera prueba, me determiné á hacer otra con un pobre indio que se fué á rasurar de á medio. Con mucho garbo le puse los paños: hice al aprendiz trajera la vacia con la agua caliente: asenté las navajas y le dí una zurra de raspadas y tajos, que el infeliz no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: *amoquale quistiano, amoquele*: que fué como decirme en castellano: no me cuadra tu modo, señor, no me cuadra. Ello es que él dió el medio real y se fué tambien medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas, me atreví á sacarle una muela á una vieja que entró á la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera.

Hizo éste muy bien su oficio: abrió la cuitada vieja su desierta boca despues de haberme mostrado la muela que le dolia: tomé el descarnador y comencé á cortarla trozos de encia alegremente.

La miserable al verse tasajear tan seguido y con una porcelana de sangre delante, me decia: maestríto, por Dios ¡hasta cuando acaba vd. de descarnar? No tenga vd. cuidado,

(†) No podia ladrar y así solo gemia.

señora, le decia yo: haga una poca de paciencia, ya le falta poco de la quijada.

En fin, así que le corté tanta carne cuanta bastó para que almorzara el gato de casa, le afiancé el hueso con el respectivo instrumento, y le dí un estiron tan fuerte y mal dado, que le quebré la muela lastimándole terriblemente la quijada.

¡Ay Jesus! exclamó la triste vieja, ya me arrancó vd. las quijadas, maestro del diablo. No hable vd. señora, le dije, que se le meterá el aire y le corromperá la mandíbula. ¡Qué *malibula* ni que demonios! decia la pobre.... ¡Ay, Jesus! ¡ay! ¡ay! ¡ay!... Ya está señora, decia yo, abra vd. la boca, acabáremos de sacar el raigon, ¿no ve que es muela matriculada? Matriculado esté vd. en el infierno, *chambon*, indigno, condeñado, decia la pobre.

Yo sin hacer caso de sus injurias, le decia, ande nanita, siéntese y abra la boca, acabáremos de sacar ese hueso maldito: vea vd. que un dolor quita muchos. Ande vd. aunque no me pague. Vaya vd. mucho noramala, dijo la anciana y sáquele otra muela ó cuantas tenga á la grandísima borracha que lo parió. No tienen la culpa estos raspadores cochinos, sino quien se pone en sus manos. Prosiguiendo en estos elogios se salió para la calle sin querer ni volver á ver el lugar del sacrificio.

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprenderme mi determinación atolondrada; porque cada rato decia: ¡pobre señora! ¡qué dolor tendria! y lo peor que si se lo dice al maestro ¡qué dirá? Diga lo que dijere, le respondí: yo lo hago por ayudarle á buscar el pan; fuera de que así se aprende, haciendo pruebas y ensayándose. A la maestra le dije que habian sido monadas de la vieja: que tenia la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tiron, cosa que al mejor le sucede.

Con esto se dieron todos por satisfechos y yo seguí hacien-

do mis diabluras, las que me pagaban ó con dinero ó con desvergüenzas.

Cuatro meses y medio permanecí con D. Agustin, y fué mucho, segun lo variable de mi génio. Es verdad que en esta dilacion tuvo parte el miedo que tenia á Chanfaina, y el no encontrar mejor asilo, pues en aquella casa comia, bebia y era tratado con una estimacion respetuosa de parte del maestro. De suerte que yo ni hacia mandados ni cosa mas útil que estar cuidando la barbería y haciendo mis fechorias cada vez que tenia proporcion; porque yo era un aprendiz de honor, y tan consentido y hobachon que aunque sin camisa, no me faltaba quien envidiara mi fortuna. Este era Andrés el aprendiz, quien un dia que estábamos los dos conversando en espera de marchante que quisiera ensayarse á mártir, me dijo: señor, ¡quién fuera como vd!—¿Por qué, Andres? Le pregunté. Porque ya vd. es hombre grande, dueño de su voluntad y no tiene quien lo mande; y no yo que tengo tantos que me regañen, y no sé lo que es tener medio en la bolsa. Pero así que acabes de aprender el oficio, le dije, tendrás dinero y serás dueño de tu voluntad.

¡Qué verde está eso! decia Andrés: ya llevo aquí dos años de aprendiz y no sé nada.—¿Cómo nada, hombre? Le pregunté muy admirado. Así nada, me contestó. Ahora que está vd. en casa he aprendido algo.—¿Y qué has aprendido? Le pregunté. He aprendido respondió el gran bellaco, á afeitarse, desollar indios y desquijarar viejas, que no es poco. Dios se lo pague á vd. que me lo ha enseñado.—Pues y ¡qué tu maestro no te ha enseñado nada en dos años?—¿Qué me ha de enseñar, decia Andrés. Todo el dia se me va en hacer mandados aquí y en casa de D.<sup>a</sup> Tulitas la hija de mi maestro; y allí *pior*, porque me hacen cargar el niño, lavar los pañales, ir á la pulquería, fregar toditos los trastes, y aguantar cuantas callillas quieren, y con esto ¡qué he de aprender del oficio? Apenas sé llevar la vacía y el escalfador cuando me lleva consi-

go mi amo, digo, mi maestro; me turbé. A fé que D. Plácido el hojalatero que vive junto á la casa de mi madre grande: ese sí que es maestro de cajeta, porque afuera de que no es muy demasiado regañón, ni les pega á sus aprendices, los enseña con mucho cariño, y les dá sus medios muy buenos así que hacen alguna cosa en su lugar; pero eso de mandados ¡cuando, ni por un pienso! Sobre que apenas los envía á traer medio de cigarros, *continás* manteca, ni chiles, ni pulque, ni carbon, ni nada como acá. Con esto *orita, orita* aprenden los muchachos el oficio.

Tú hablas mal, le dije, pero dices bien. No deben ser los maestros amos, sino enseñadores de los muchachos; ni estos deben ser criados ó *pilguanejos* de ellos, sino legítimos aprendices; aunque así por la enseñanza como por los alimentos que les dan, pueden mandarlos y servirse de ellos en aquellas horas en que estén fuera de la oficina y en aquellas cosas proporcionadas á las fuerzas, educacion y principios de cada uno. Así lo oía yo decir varias veces á mi difunto padre que eu paz descanse.

Pero dime: ¡qué, estás aquí con escritura? Sí, señor, me respondió Andrés, y ya cuento dos años de aprendiz, y vamos corriendo para tres, y no se da modo ni manera el maestro de enseñarme nada. Pues entonces le dije, si la escritura es por cuatro años ¡cómo aprenderás en el último, si se pasa como se han pasado los tres que llevas? Eso *mesmo* digo yo, decia Andrés. Me sucederá lo que le sucedió á mi hermano Policarpo con el maestro Marianito el sastre.—¡Pues qué le sucedió?—¡Qué? Que se llevó los tres años de aprendiz en hacer mandados como *ora* yo, y en el cuarto *izque* queria el maestro enseñarle todo el oficio de á tiro, y mi hermano no lo podía aprender, y el maestro se lo llevaba el diablo de corage, y le echaba cuarta al *probé* de mi hermano á manta de Dios, hasta que el *probe* se aburrió y se *juyó*, y esta es la *ora* que no hemos vuelto á saber del; y tan bueno que era el *probe*, pe-

ro ¡cómo habia de salir sastre en un año, y eso haciendo mandados y con tantísimo día de fiesta, señor, como tiene el año? Y *asina* yo pienso que el maestro de acá tiene trazas de hacer lo *mesmo* conmigo (\*).

¡Pero por qué no aprendiste, tú, á sastre? Pregunté á Andrés, y éste me dijo: ¡ay señor! ¡sastre? Se enferman del pulmon.—¡Y á hojalatero?—No señor: por no ver que se corta uno con la hoja de lata y se quema con los fierros—¡Y á carpintero por qué no?—¡Ay! no: porque se lastima mucho el pecho.—¡Y á carroceros ó herreros?—Nó lo permita Dios, si parecen diablos cuando están junto á la fragua aporreando el fierro. Pues, hijo de mi alma: Pedro Sarmiento: hermano de mi corazon, le dije á Andrés levantándome del asiento; tú eres mi hermano, tatita, sí, tú eres mi hermano: somos mellizos ó *cuates*; dame un abrazo. Desde hoy te debo amar y te amo mas que antes, porque miro en tí el retrato de mi modo de pensar; pero tan parecido que se equivoca con el prototipo, si ya no es que nos identificamos tú y yo.

---

\* En el día con gran dolor vemos lo poco usado de esta loable práctica de recibir aprendices con escritura; pero cuando estaba en uso se recibían los aprendices bajo las obligaciones y condiciones siguientes: el maestro se obligaba á enseñar al aprendiz su oficio sin ocultarle nada, dentro de un tiempo determinado, que regularmente eran cuatro años, pudiendo á este efecto castigarle con prudencia y moderacion sin herirlo ni lastimarlo gravemente: á darle alimentos, ropa limpia y cama: á que si no estuvo hábil en el dicho tiempo, pagar á otro maestro de la misma profesion ó arte el trabajo de enseñarlo; y si esto no queria, á tener en su casa al aprendiz en clase de oficial pagándole salario de tal todos los días. El otorgante padre, pariente &c. del aprendiz, se obligaba á que éste habia de servir dicho tiempo no solo en lo concerniente al oficio, sino en lo que se le ofreciera á su maestro, siendo cosa decente y no impidiéndole el tiempo de aprender. Estas y otras condiciones igualmente justas, pueden verse en el Febrero, ilustrado por D. Márcos Gutierrez, *part. 1 t. 2. cap. 26.*

¿Por qué son tantos abrazos, señor Pedrito? Preguntaba Andrés muy azorado: ¿por qué me dice tantas cosas que yo no entiendo? Hermano Andrés, le respondí; porque tu piensas lo mismo que yo, y eres tan flojo como el hijo de mi madre. A tí no te acomodan los oficios por las penalidades que traen anexas, ni te gusta servir porque regañan los amos: pero sí te gusta comer, beber, pasear y tener dinero con poco ó ningún trabajo. Pues, tatita (\*), lo mismo pasa por mí: de modo que como dice el refrán, Dios los cria y ellos se juntan. Ya verás si tengo razon demasiada para quererte.

Eso es decir, repuso Andrés, que vd. es un flojo y yo tambien. Adivinaste muchacho, le contesté, adivinaste. ¿Ves como en todo mereces que yo te quiera y te reconozca por mi hermano? Pues si solo por eso lo hace, dijo Andresillo, muchos hermanos debe vd. tener en el mundo; porque hay muchos flojos de nuestro mismo gusto; pero sepa vd. que á mí lo que me hace no es el oficio, sino dos cosas, la una: que no me lo enseñan, y la otra el genio que tiene la maldita vieja de la maestra; que si eso no fuera, yo estuviera contento en la casa, porque el maestro no puede ser mejor.

Así es, dije yo. Es la vieja el mismo diablo, y su genio es enteramente opuesto al de D. Agustin; pues éste es prudente, liberal y atento; y la vieja condenada es majadera, regañona y mezquina como Judas. Ya se ve, ¿qué cosa buena ha de hacer con su cara de sábana encarrujada y su boca de chanclera. (†)

Hemos de advertir que la casa era una accesoria con un alti-

\* *Tatita* diminutivo de *Tata*, que entre la gente vulgar se sustituye al nombre de *padre*, como el de *nana* al de *madre*; así como entre la gente decente se dice: *Papà, Mamà*.—E.

† Esta voz es en castellano sinónima de *chinela*; pero entre nosotros significa el zapato que por viejo ó de intento, tiene doblado para adentro el talon, con cuyo motivo hace un ruido desagradable al andar con él. E.

to de estas que llaman de taza y plato, (\*) y nosotros no habiamos atendido á que la dicha maestra nos escuchaba, como nos escuchó toda la conversacion, hasta que yo comencé á loarla en los términos que van referidos, é irritada justamente contra mí, cogió con todo silencio una olla de agua hirviendo que tenia en el brasero, y me la volcó á plomo en la cabeza diciéndome: pues maldito, malagradecido, fuera de mi casa, que yo no quiero en ella arrimados que vengan á hablar de mí.

No sé si habló algo mas porque quedé sordo y ciego del dolor y de la cólera. Andrés temiendo otro baño peor, y escarmentado en mi cabeza huyó para la calle. Yo rabiando y todo pelado subí la escalerita de palo con ánimo de desmechar á la vieja, topara en lo que topara, y despues marcharme como Andrés; pero esta condenada era varonil y resuelta, y así luego que me vió arriba, tomó el cuchillo del brasero y se fué sobre mí con el mayor denuedo, y hablando medias palabras de cólera, me decia: ¡ah grandísimo bellaco atrevido! ahora te enseñaré. . . . Yo no pude oír qué me queria enseñar ni me quise quedar á aprender la leccion, sino que volví la grupa con la mayor ligereza y fué con tal desgracia, que tropezando con un perrillo bajé la escalera mas presto que la habia subido y del mas extraño modo, porque la bajé de cabeza magullándome las costillas.

La vieja estaba hecha un chile contra mí. No se compadeció ni se detuvo por mi desgracia; sino que bajó detrás de mí como un rayo con el cuchillo en la mano y tan determina-

\* Esta locucion tuvo origen de que pidiéndose una poca de agua en el cuarto ó accesoria de la gente muy pobre, se daba en un jarro de barro comun; pero los que siendo algo mas acomodados vivian en estas accesorias con su altito, presentaban el agua en una taza poblana sobre un plato, porque el precio alto de los vasos de cristal en aquella época remota no estaba al alcance sino de los ricos y gente bien acomodada.—E.